



crónicas humanas

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

En los años setenta aún quedaba mucho rescoldo de todo lo acontecido en el movimiento *hippie* unas décadas atrás, seguían las modas empezadas unos años antes sobre los estereotipos de esta tendencia que proclamaba: “Haz el amor, no la guerra”. Continuaban sorprendiendo al mundo por su modo de vida, su filosofía al afrontar los problemas, su estilo de vestir y su pelo largo. Todo ello aderezado con una música típica relacionada con esta cultura: rock psicodélico, groove y folk contestatario. Otras de sus características fue la revolución sexual, el amor libre y las comunas o lugares donde vivían muchas personas formando unas familias de hecho y donde se implantaban, más bien no se establecían, unas reglas de convivencia que no siempre eran aceptadas y respetadas por todos sus miembros. Todo lo citado anteriormente estaba basado en el consumo, más o menos excesivo, de sustancias estupefacientes (LSD, marihuana y otras drogas) para alcanzar, según ellos su realidad y rebelarse contra el sistema determinado por la sociedad.

En la Suecia de los años setenta una joven ama de casa Elisabeth (Lisa Lindgren) junto a sus hijos, casi adolescentes, Eva (Emma Samuelsson) y Stefan (Sam Kessel), llega a casa de su hermano Göran (Gustaf Hammarsten) para alejarse de su marido y padre de sus hijos Rolf (Michael Nyqvist), un hombre de naturaleza violenta que resuelve las discusiones con más golpes que palabras. Lo que la hermana no se esperaba es que la casa donde le han dado acogida fuera en realidad una comuna *hippie* en la que viven bastantes más habitantes de los que cabría esperar para un edificio no muy grande. El choque inicial, de la madre y sus hijos, porque no están acostumbrados a esa clase de vida, dará lugar a continuas discusiones y

enfrentamientos tanto con los componentes del grupo como con su propio hermano. Este es el planteamiento inicial de **Juntos** (*Tillsammans*, Lukas Moodysson, 2000), un historia que quiere reflejar ese modo de vida que tuvo muchísimos adeptos durante varias décadas.

El conflicto tanto cultural como social que viven los nuevos invitados en la casa, da lugar a diversas discusiones más o menos filosóficas, en las que cada uno ve y explica esta cultura de la manera que a ellos les conviene, aunque para ello tengan que desacreditar a los que no comulguen con sus ideas. Así encontramos desde la mujer que, tras una ruptura sentimental, cree que se ha hecho lesbiana y persigue a cualquier mujer con la que se cruza en su camino, hasta el ideólogo y activista político para el que son más importantes los libros de sus “maestros” que cualquier relación sexual, pasando por un recién separado que también piensa que la atracción por su mismo sexo es lo que hará feliz, sin olvidar a otras parejas que entran y salen del edificio en un continuo movimiento a todas horas y en cualquier situación.



Entre tantas personas y discusiones muchos caen en contradicciones que les resulta muy difícil explicar a los demás. Otros sólo miran por ellos y piensan que su “verdad” es la única que resulta acertada. Observamos varios choques culturales entre los inquilinos que no están acostumbrados a que individuos externos lleguen a convivir con ellos, dándose situaciones casi cómicas mientras tratan de rebatirse mutuamente sus ideas. Logrando rizar el rizo, cuando uno de los jóvenes para evitar limpiar los platos que se acumulan en el fregadero no se le ocurre otra cosa que decir: “Fregar es de burgueses”, lo que explica hasta qué punto cada individuo lleva hacia su terreno las enseñanzas o doctrinas que tenían como bandera en esos tiempos.

Lo que vemos en la comuna no siempre está aceptado por la sociedad, a veces es la propia sociedad la que señala con el dedo la manera de vivir de esas personas, pero no por que rompan las reglas establecidas la mayoría de las ocasiones, sino por una envidia oculta

Lo que vemos en la comuna no siempre está aceptado por la sociedad, a veces es la propia colectividad la que señala con el dedo la manera de vivir de esas personas, pero no por que rompan las reglas establecidas la mayoría de las ocasiones, sino por una envidia oculta que muchos no quieren reconocer y la mejor manera de desviar la atención es atacando frontalmente esa actitud ante la vida. Es el caso de los vecinos, un matrimonio con un hijo que sufre acoso escolar que, queriendo aparentar una vida ejemplar, muchas veces son ellos los que parecen los “bichos raros” de la comunidad. Llegando a adoptar una actitud hipócrita ante las circunstancias que rodean la convivencia vecinal.

Con un título como el de *Juntos*, parecería que toda la acción se desarrolla de forma coral, pero nada más lejos de la realidad, lo que en un principio comienza como una serie de reuniones, más o menos, tumultuosas, da lugar según avanzamos en la historia a descubrir bajo la mano del director los problemas personales de cada habitante de la casa. Ya no hacen todo como un solo ente, cada uno va “arrimando el ascua a su sardina” para intentar conseguir privilegios, pareja, amistad, amor, conocimientos políticos o simplemente intentar ser felices. Así, descubrimos en cada integrante de esa mini sociedad en que se ha convertido tanto la casa principal como la de los vecinos una historia individual, una declaración de intenciones que a veces nos hace sonreír, otras nos disgusta un poco, alguna nos hace pensar y la mayoría nos sorprenden mientras les observamos desde el balcón de la pantalla.

Segunda película del director, tras *Fucking Åmål* (*idem*, 1998), que continúa en esa línea iniciada en la que las relaciones personales primaban por encima de cualquier otro argumento, mostrando sus historias como si estuviéramos ante un documental del modo de vida de la sociedad de la época en que se desarrolla, también con ciertos toques de sexo homosexual. Con un tratamiento desenfadado y caustico en alguna ocasión,

que le granjeó alguna repulsa por parte de cierta parte de la sociedad de esa época, aunque no de la crítica que vio en el joven realizador un futuro muy prometedor, el director quiere profundizar en esta corriente cultural y social a base de escenas de lo más variado, desde las que reúne a todo el grupo a las individuales o de pareja. Todo avalado por los más de 30 premios obtenidos entre ambos filmes.

Mención especial para el trío protagonista, Lisa Lindgren, Gustaf Hammarsten y Michael Nyqvist. La primera en su debut en un largometraje refleja perfectamente el cambio que le supone pasar de una vida marcada y gobernada por un rígido esposo a una forma de vivir que nunca había sospechado. El segundo, en su tercer papel en el cine, intenta ser el mediador entre todos los conflictos, pero su buen carácter y poco genio le harán sufrir más de un revés del que no saldrá muy bien parado. En cuanto a Michael Nyqvist, quizá el más conocido por su trilogía *Millenium*, le toca el papel más ingrato pero al que saca más partido. Observamos la relación, a distancia, con su esposa e hijos al tiempo que pelea por conseguirlos de nuevo, mientras entabla una lucha personal para dejar la bebida en la que se había sumido.

No puedo acabar sin citar otro de los iconos del movimiento *hippie* que, como es natural, aparece en la historia e interviene en muchas escenas, me refiero a la famosísima furgoneta Volkswagen, conocida por todos en esos tiempos como “Bully”, siendo el primer símbolo que nos viene a la mente cuando hablamos de esa generación transgresora e incomprendida, pero emblema de la historia y perfectamente reflejada en la película.

